

ESPÍRITU DE CONQUISTA

ZANE GREY

¡PUEDE REALIZARSE!

No hace mucho tiempo, el Presidente Abraham Lincoln levantó los ojos, profundamente cavernosos, hacia su amigo y visitante, Hiram Sibley, director de la Western Union Telegraph Company.

-Sibley, aunque su idea sea maravillosa, su realización parece fantástica y visionaria. Sin embargo, pediré al Congreso que conceda el crédito necesario para su ejecución.

He aquí la idea de Sibley: tender una línea telegráfica, ica, a través de las Grandes Llanuras y de las Montañas Rocosas, hasta el Pacífico. Mucho antes de saber si el Congreso le ayudaría o no y de conocer si sus consocios aprobarían un proyecto de tal magnitud, Sibley llamó a su ingeniero-jefe, Edward Creighton, que acababa de regresar de un viaje de un año de duración a California.

-Oiga. Vea este mapa - dijo Creighton-. ¡Esto es! He aquí la línea del Camino de Oregón. La seguiremos. He hablado con rancheros y soldados, con cazadores de búfalos y jinetes del Pony Express. He hablado a los mormones. Hay millares de salvajes hostiles, millones de búfalos, centenares de millas de pradera sin árboles para hacer postes. .El proyecto parece impracticable e imposible, pero puede realizarse.

El Congreso concedió solamente cuatrocientos mil dólares para la construcción de la línea telegráfica, lo que constituyó un terrible desencanto para Sibley y Creighton.

Pero la construcción de una línea telegráfica que una al Este con el Oeste está en vías de ejecución. Y hoy señala el principio de la extensión de ese delgado alambre que nace en Omaha y M dirige hacia el Oeste, bajo la dirección de Creighton.

I

Era un día de verano del año 1861 cuando subí a una diligencia que se dirigía a Omaha, Nebraska; me encontraba al fin de mis recursos.

Volví a guardarme en el bolsillo el recorte del periódico que me había inspirado cuando más lo necesitaba. A los veinticuatro años de edad, todo cuanto intenté había fracasado lamentablemente. Tuve durante mucho tiempo dudas respecto a si podría haber en mí algo realmente valioso.

Mi padre quiso que fuera abogado; fui a Harvard, estudié durante un año, y tuve que renunciar. Intenté estudiar medicina por espacio de otro año. El resultado fue el mismo. Me interesaba la medicina, pero no podía permanecer encerrado en un interior y estudiar. Aquellos dos años perdidos, no obstante, me revelaron lo que en realidad me sucedía. El deseo de mis padres y de mis parientes de que estudiase una carrera, o de que, en otro caso, siguiese la de los negocios había influido poderosamente en mí contra lo que verdaderamente anhelaba.

Necesitaba alejarme de Boston y de Nueva Inglaterra, marchar a cualquier lugar campesino, preferiblemente al Oeste, donde podría ser más libre. Mi madre era escocesa y decía que yo era como uno de sus hermanos, un *highlander*, un montañés que amaba las cumbres y los ríos y las contiendas de su país.

Aparte que era fuerte y voluminoso y ligero de pies, no tenía cualidades, que yo sepa, para la vida de los precursores y colonizadores del Oeste. Y, sin embargo, era el Oeste lo que me atraía a cada momento con más intensidad.

Por otra parte, había estado preocupado por los rumores que corrían acerca de una guerra entre el Norte y el Sur. La guerra era ya una realidad. Mi padre era meridional de nacimiento y todos sus sentimientos eran de franca hostilidad para los *yanquis*.

No creía que existiese razón alguna por la que no hubiera podido ser un buen soldado, puesto que en la vida del soldado había algo de libertad, de aventura y de peligro, circunstancias que me atraían. No obstante, hallándose mis padres divididos respecto al resultado de la guerra civil me encontraba entre la espada y la pared. Esto, unido a mi desventura y a mi disgusto, fue lo que me aiiimó a emprender el largo viaje hacia el Oeste.

Al mirar a mi alrededor, me di cuenta repentinamente de que era la primera persona que había subido a la diligencia. No se hallaba nadie más en ella, ni siquiera el conductor. Finalmente, comenzaron a llegar los restantes viajeros.

Había entre ellos dos soldados, uno con el grado de sargento; hombres curtidos por el tiempo; jóvenes toscos que, evidentemente, estaban recobrándose de los efectos de una intimidad demasiado estrecha con la botella; un hombre de ojos agudos que me pareció un rancharo, y una mujer rolliza, que debía de ser su esposa. Otro pasajero se había encaramado al asiento del conductor. El último de los que subieron, juzgando por su aspecto y por su rojo rostro, debía de ser un comerciante acomodado. Tomó asiento a mi lado.

Cuando nos hallábamos a punto de ponernos en marcha en dirección al campo abierto, un clamor de voces amigas se elevó para despedirse de nosotros y desearnos un buen viaje. No podía dudarse de que algunas de las personas que gritaban conocían a algunos de los pasajeros; pero, al darme cuenta de la intensidad del griterío, comprendí que la partida de aquel

rechinante vehículo constituía un acontecimiento para los habitantes del pueblo. Y hasta me pareció que algunos de los adioses que sonaron iban dirigidos a mí.

El río Platte corría a nuestra izquierda. Su lecho era ancho y se componía de dos corrientes rápidas separadas por bancos de arena y bajíos. Las orillas estaban pobladas de saucedales y algodoueros, que comenzaban a cubrirse de un verdor brillante. Por segunda vez vi el gran río, el ancho Missouri, cuyo cauce se hallaba completamente lleno de agua y cuya fuerte y revuelta corriente arrastraba innumerables maderos. También vi, a lo lejos, un barco de vapor con rueda de paletas.

Muy pronto nos hallamos alejados de la ciudad del

río, corriendo a buena velocidad sobre una carretera llena de tránsito que parecía extenderse en el centro de cierta cantidad de caminos. En realidad había un espacio de alrededor de un centenar de yardas, o acaso más, que había sido hundido en una profundidad de varios pies por la interminable corriente de vehículos que sobre él se había deslizado. Había marcas antiguas y recientes a ambos lados de nuestro camino.

Comprendí en el acto que viajábamos por una de las ramas de la senda de Overland, que era el camino del Oregón y que era desde hace muchos años el de Independence, Missouri, a Oregón. Entraríamos en el camino principal de Oregón al llegar a Grand Island.

Mi asiento se hallaba inmediato a la abierta ventana, por la cual vi el retorcido río y la lisa pradera gris que se extendía hasta lo que parecía el infinito. A intervalos pasamos ante ranchos y yuntas de ganado diseminadas, mas nos hallábamos en las proximidades de la región montañosa. Vi patos silvestres en el agua, garzas azules en los lugares en que la profundidad era pequeña, guaridas de ratas almizcleras que sobresalían de la corriente, un número creciente de liebres y conejos y algunos animales grises, de poblada cola y que tenían un definido aspecto lobuno.

Miré y miré, sin cansarme nunca de la gris monotonía del escenario. Pero no por ello dejé de oír ninguna de las escasas conversaciones de los pasajeros. El caballero que se sentaba junto a mí hizo afablemente algunas consideraciones acerca del tiempo y de lo agradable de nuestro viaje y finalmente me preguntó adónde me dirigía.

-Voy a trabajar en la *Western Union* - contesté.

-¡Ah! Es muy interesante... Yo mismo me he puesto en viaje para ver la marcha de los trabajos. Me llamo Williamson.

-Tengo mucho gusto en conocerle, señor. Yo me llamo Wayne Cameron y soy de Boston.

-Lo había supuesto - replicó el otro riendo-. Los naturales de Nueva Inglaterra somos fácilmente identificables. Soy de Nueva York. ¿Qué clase de trabajo va usted a efectuar para las compañías telegráficas?

-Todavía... no tengo ningún trabajo..., pero espero conseguirlo.

-No le será muy difícil. A causa de la guerra y otras circunstancias se tropieza con muchas dificultades para encontrar trabajadores.

Nos enredamos en una conversación durante el curso de la cual intenté hacerme tan agradable como me fue posible. Una de las cosas que Williamson me dijo fue que los trabajos de construcción habían comenzado ya en la costa del Pacífico bajo la dirección de un ingeniero llamado Gamble, quien debía construir la línea telegráfica del Este para unirla a la de Edward Creighton. Creighton había extendido su línea de alambre casi hasta Go-

thenburg.

Unos momentos más tarde, Williamson reanudó la conversación.

-Cameron - me dijo -, ¿tiene usted noticias del viaje de Creighton a través de las llanuras y de las montañas para estudiar el terreno y sus condiciones?

-Sí, he leído algo acerca de ese viaje - repliqué-. Me parece que ha sido heroico.

-Ha sido más que heroico. No he visto jamás a Creighton y me satisface el pensar que voy a conocerlo dentro de poco tiempo. Por lo que he oído decir, es un hombre maravilloso. Algunas de las líneas que ha construido en el Este no han sido unos trabajos fáciles ni muchísimo menos; pero esta idea de la línea occidental es extraordinaria. He oído a Hiram Sibley hablar acerca del viaje de Creighton a través de la vertiente, hasta la costa. No hay palabras que puedan describirlo. Tuvo que recorrer a caballo seiscientas o setecientas millas por las regiones más silvestres de la nación. Iba solo y no tenía mucha seguridad respecto a la dirección. Una parte del recorrido fue realizada en invierno, a través del valle de Humboldt. El viento huracanado arrastraba arena, tierra alcalina y nieve que se introdujeron en los ojos del jinete solitario hasta casi cegarle por completo. El rostro de Creighton mudó tres veces de piel. Cuando llegó a Carson estaba más muerto que vivo. ¡Es maravilloso, ciertamente, que no pereciera! Pero su magnífica constitución y su indomable voluntad fueron los factores que le permitieron cumplir hasta el fin el cometido que se había propuesto.

Me volví frecuentemente para ver la línea telegráfica respecto a la cual me llamó la atención en repetidas ocasiones. Los amarillentos y pelados postes, la sencilla línea de alambre que se extendía hacia el Oeste..., todo ello ¡parecía tan pequeño, tan insignificante, tan frágil para transportar el tremendo peso y la importancia de las comunicaciones rápidas entre el Este y el Oeste! Pero todo ello estaba allí, en aquel delgado alambre...; allí estaba el mágico mensajero del amigo de Hiram Sibley, el inventor Morse.

A la hora de la puesta del sol llegamos a un amplio rancho en cuya casa pasamos la noche.

A la mañana siguiente, a temprana hora, ya estábamos de nuevo recorriendo el camino del Oregón, hacia el Oeste; algunas veces nos era posible ver nuevamente el río Platte, y siempre teníamos a nuestro lado grandes extensiones de pradera, de tierras verdes que separaban unos ranchos de otros. Dentro de poco tiempo, ya no existiría ni un solo rancho.

Aquella noche, cuando nos detuvimos para pernoctar, lo cual hicimos en una aldehuela donde había un almacén, diversas chozas y una taberna, hice diferentes sugerencias al conductor de la diligencia. Le invité a tomar unas copas, y descubrí que era un hombre afable y muy interesante. El pasajero que viajaba a su lado había llegado a su punto de destino, y cuando me enteré de ello solicité su asiento.

Jim Hawkins, que tal era el nombre del cochero, desempeñaba su oficio desde hacía diez años, lo que me causó una profunda alegría, ya que supuse que podía constituir una mina de informes para mí. La posibilidad de sentarme a su lado durante las largas horas de la jornada me facilitaba la ocasión de hacerle preguntas.

A medianoche, cuando aún me encontraba despierto, oí el extraño y melodioso grito de los gansos silvestres que volaban en dirección al Norte.

Al día siguiente, que era luminoso y brillante me encaramé al asiento

inmediato al del conductor. La pradera se extendía hacia el Oeste, tan verde y tan brumosa como la de los primeros días, pero se iba convirtiendo de modo gradual y apenas perceptible en más silvestre e inhabitable. Llamé la atención del cochero acerca de las nubes polvorientas del horizonte y de una línea larga e irregular que se alargaba sobre el terreno, todo lo cual era nuevo para mí. Bien, joven - contestó -, puede usted estar satisfecho de su vista. Cuando esos agudos ojos que tiene usted aprendan a conocer lo que ven, podrán salvarle la vida en alguna ocasión. Ésa es la primera caravana de carros que encontramos en nuestro camino. Y parece muy grande. De ahora en adelante, hasta llegar a Fuerte Kearney, encontraremos muchas más. Cuando no son muy numerosas, suelen llevar una escolta de soldados.

-El sargento que viaja con nosotros me ha dicho que los trabajos de construcción de la línea telegráfica se realizan bajo la protección de una guardia de dragones. ¿Es del todo necesario a causa de los indios?

-Casi completamente - replicó el conductor-. Los *cheyennes* comienzan a ponerse nuevamente agresivos, pero los más peligrosos son los *sioux*. Los encontraremos al oeste de Fuerte Laramie y a lo largo del Sweetwater y en el Paso del Sur. Estos indios descienden de las montañas del Wind River, roban por sorpresa, como los *comanches*, y se vuelven de nuevo a sus montañas, donde no hay soldados que puedan encontrarlos. Todas las tribus de pieles rojas alimentan cierto odio contra los blancos, lo que no es de extrañar. Y algún día, dentro de diez años, o acaso más, cuando los blancos comiencen a exterminar a los búfalos, todos los indios, desde los de Dakota hasta los de Río Grande, se levantarán en armas para luchar como demonios enfurecidos que son. Pues los búfalos son su medio de vida.

-Pero he leído que existen tres millones de búfalos - dije-. Es seguro que la caza de búfalos para apoderarse de su carne y de sus pieles no tendrá una gran importancia en cuanto al número de los que puedan matarse.

-Creo que la tendrá - contestó Hawkins mientras negaba con un movimiento de la gris cabeza-. Los búfalos y los ciervos y toda la caza durarían eternamente si sólo fueran cazados por los indios. Los hombres blancos son devastadores, así como codiciosos y faltos de escrúpulos. Conozco a un indio viejo que dijo en cierta ocasión que los hombres blancos son como manadas de puercos.

-¡Pero existe una cosa que llamamos progreso! - protesté-. América tiene que expandirse, que desarrollarse. La corriente del Imperio se extiende hacia el Oeste. Primeramente llegaron los misioneros españoles; luego los comerciantes en pieles; después los exploradores; luego los pioneros, los precursores, y los buscadores de oro... Y ahora tenemos la línea telegráfica. Y tan seguro como el triunfo del telégrafo es que algún día habrá unos ferrocarriles que atraviesen el continente.

-Seguro, hijo, seguro; es cierto - replicó Hawkins-. Todo esto es tan cierto como que ahora estamos sentados aquí. Pero eso no borra el hecho de que ésta era la tierra de los hombres rojos, de que los blancos los hemos depravado con el alcohol, de que les hemos robado, de que continuaremos robándoles hasta que se rebelen y luchen contra fuerzas muy superiores; el resultado de la lucha será que los indios serán empujados hacia las vastas llanuras del Oeste. No puedo suponer de qué modo apreciará Dios esta cuestión. Pero esto es lo que opino que sucederá.

Aquella disertación del viejo cochero me proporcionó un concepto nuevo acerca del indio americano.

Avanzamos rápidamente para alcanzar a la caravana de carros. Antes de que llegásemos junto a ella tuve ocasión de contar los vehículos que la componían: eran sesenta y tres en total, todos arrastrados por bueyes. A ambos lados de los carros iban unos hombres a caballo. Los grandes vehículos parecían vivir y avanzar con el mismo espíritu que dominaba a los pioneros. Semejaban enormes barcos montados sobre grandes ruedas y con unas anchas cubiertas de lona parda. Sin embargo, acá y acullá podían verse carros que no llevaban la cubierta. Unos corrían por uno de los lados del ancho camino del Oregón y otros por el opuesto.

Cuando alcanzamos a la caravana, Hawkins disminuyó la velocidad de su tiro. Sin embargo, nuestra marcha fue todavía lo suficientemente rápida para que al pasar junto a los vehículos tuviéramos la impresión de que éstos se hallaban detenidos. Los enormes bueyes se inclinaban de uno a otro lado, con las cabezas inclinadas; los asientos de los conductores, además de los propios conductores, estaban generalmente cargados de chiquillos y jóvenes; acá y allá, veíase alguna mujer.

Cuando pasamos junto a ellos, los pioneros devolvieron las expresiones de buenos deseos y mejor suerte que Hawkins y los demás viajeros de la diligencia les dirigieron alegre y ruidosamente. Las aberturas redondas de las cubiertas de lona se animaron con la presencia de algunas mujeres jóvenes. Los que iban a caballo, hombres que, por regla general, viajaban solos, eran robustos e iban vestidos con las ropas imperfectas y toscas de los exploradores.

Al pasar junto a uno de los grandes carromatos pude ver a una hermosa joven que iba sentada al lado de un hombre forzudo- y de cabello gris que era el conductor. Su mirada se cruzó con la mía durante un momento; me pareció experimentar la impresión de que jamás olvidaría aquellos ojos ni el brillo de su abundante cabello. Agite el sombrero para saludarle y ella levantó una enguantada mano. Luego la joven desapareció de mi vista conforme avanzábamos y otros carros se interponían entre el suyo y nuestra diligencia. Miré y miré, mas no pude volver a verla. Me habría agradado que hubiéramos continuado avanzando junto a aquel vehículo durante todo el resto del día. Pero proseguimos solos.

Experimenté una impresión de angustia cuando comprendí que había visto una mujer a la que habría podido amar y a quien seguramente jamás volvería a ver.

El grupo de jinetes que acompañaba a los carros que abrían camino era más numeroso que los otros, y una media docena de hombres, o quizá más, armados de carabinas, rompía la marcha.

Nos adelantamos a los primeros vehículos de la caravana y nuevamente nos hallamos frente a las llanuras sin fin. Volví la cabeza para mirar hacia atrás en algunas ocasiones, y cuando, finalmente, la caravana desapareció en la distancia, suspiré y no volví a mirar. Aquella muchacha me había interesado. No olvidaría fácilmente el resplandor de sus ojos, el rubor que tiñó sus mejillas, el brillo de su cabello castaño ni el amistoso ondear de su mano.

II

En los días siguientes no hubo nada que ocupase el lugar de aquella seductora caravana de carros. Grand Island, adonde llegamos una noche, me pareció igual a los restantes puntos de estacionamiento de Nebraska,

salvo que tenía más edificios, más luces y más habitantes. Allí fue donde tomamos el camino principal de Oregón, que era más ancho y profundo que los anteriores.

Nuestra primera parada fue en Fuerte Kearney, donde nos abandonaron los soldados que viajaban en nuestra compañía. El Fuerte de Kearney era solamente un cuartel, y me decepcionó.

Dejamos Kearney y continuamos hacia el Oeste. Un día vi a lo lejos un puntito moviente y unas nubecitas de polvo. Se hallaban a tan gran distancia, que no pude apreciar lo que serían.

-¿Qué es aquello que se aproxima, conductor? - pregunté.

-Si no me engaño - replicó después de mirar fijamente - debe de ser Jed Schwartz. Aquí es donde solemos cruzarnos. Jed es el jinete del *Pony Express*.

Mi curiosidad aumentó sobremanera. Había oído hablar en muchas ocasiones del heroísmo de los caballistas del Pony Express, y en aquel momento tenía ante mí a uno de ellos, que se aproximaba con gran rapidez a nosotros. En aquella rarificada atmósfera del Oeste los objetos parecen hallarse a una distancia mucho menor que la real. Era sorprendente el ver cómo aquel punto negro moviente se agrandaba hasta adquirir las proporciones de un jinete y su caballo. Cuando se hubo aproximado más a nosotros, vi que el caballo corría estirado, bajo, de modo constante e igual, con las crines y la cola extendidas, y que la corbata del jinete semejaba flamear a la luz del sol y ondulaba a sus espaldas.

Hawkins dirigió sus caballos a la derecha para dejar paso al jinete del Pony Express, que se lanzó hacia nosotros con la velocidad del viento, con demasiada rapidez para que me fuera posible ver algo más que el movimiento que hizo con la mano para saludar a Hawkins, al mismo tiempo que profería un alegre grito. Nuestro conductor contestó con otro grito tan fuerte como el suyo.

Me volví para observar cómo se alejaba el caballo por la carretera. Era un animal grande y enjuto, veloz y fuerte; y el modo que tuvo de aumentar las distancias que le separaba de la diligencia, fue una cosa digna de verse. Era la primera vez que yo contemplaba uno de aquellos veloces animales del Oeste, en donde los caballos son una cosa de importancia extraordinaria. Y después, en respuesta a mis apasionadas preguntas, Hawkins dijo:

-Supongo que esa línea telegráfica que usted va a ayudar a instalar significa el fin del Pony Express. Algunos buenos trabajadores se van a quedar sin ocupación, pero es de suponer que se alegrarán de poder conservar la cabeza sobre los hombros. Transportan actualmente el correo, al precio de cinco dólares por cada onza de peso. Los jinetes cambian de caballos cada diez millas aproximadamente y mantienen a los que montan a una carrera continuada desde cada una de las estaciones hasta la siguiente. Tardan solamente ocho días en llegar desde San Jo, en Missouri, hasta la Costa. He conocido a varios buenos jinetes del Pony Express. Jed Shwartz es uno de los mejores. Es un muchacho duro, audaz. Lleva siempre dos revólveres y dicen que se da buena maña para manejarlos.

-Me gustaría ser jinete del Pony Express - dije casi para mí mismo.

-Llega usted tarde para serlo - replicó el cochero, quien debía de haber oído mis palabras-. Pero se hartará usted de carreras y de disparos en el Oeste... si mis suposiciones no son equivocadas.

Hawkins era un hombre lo suficientemente locuaz para satisfacer la

insaciable curiosidad de un advenedizo como yo era. Le hice más de un centenar de preguntas, y me reservé otra para formularla cuando nuestra amistad fuera más estrecha. La tal pregunta era cómo debería conducirme cuando hubiese llegado a la frontera. No tuve valor para preguntárselo todavía.

Al día siguiente encontramos una nueva caravana, más pequeña que Ja anterior, compuesta de vehículos que transportaban postes telegráficos. Me alegré mucho, ya que el encuentro parecía indicar que me hallaba próximo a mi punto de destino. Llegamos a Gothenburg unos momentos después del anochecer. Las mismas luces amarillas, la misma carretera polvorienta, las mismas chozas y tiendas de campaña, -las mismas fachadas de madera que ya se me habían hecho familiares parecían componer aquella ciudad de Gothenburg.

-Éste es un lugar de vicio y corrupción, hijo-me advirtió Hawkins con gesto despectivo-. No le aconsejo que deje de ver todo lo que se le presente, pero tenga mucho cuidado con los pasos que da. Creo que el campo de construcción debe estar muy cerca de aquí, y que la ciudad estará llena de animación. Desde luego, todos le tomarán por un advenedizo, por un inexperto. Es cosa de la que ningún recién llegado se libra. Cuando entre en el garito de juego de Red Pierce, si tiene algún dinero, mire las caras pintadas de las mujeres y aléjese a toda prisa de las mesas de juego.

La taberna en que se alojaban los viajeros era antipática vista desde el exterior, pero interiormente resultaba cómoda *y* agradable. La habitación *y* su lecho eran buenos, y la cena, a la que hice justicia, también. Había dos muchachas sirviendo a las mesas, y una de ellas era decididamente bonita. Tenía unos ojos picarescos y expresivos, y me recordó a la joven del carromato, la que me había dirigido una sonrisa y un saludo. Comencé a sospechar que cuanto más me alejara de ella, tanto más fuerte sería mi pesadumbre.

Después de cenar me decidí a dar un paseo por la calle y a conocer la ciudad. Cuando salí, Williamson se acercó a mí y me dijo con satisfacción:

-Bien, Cameron, ya hemos llegado. Los talleres de Creighton y su campamento provisional se hallan a pocas millas de aquí. La ciudad está llena de trabajadores. Voy a hacer investigaciones sobre Creighton; *y* si viniera a la ciudad, le hablaré de usted.

Le di gracias y saliendo al camino de tablas intenté habituar los ojos a la opaca oscuridad, que apenas era rota por las luces amarillas. A la puerta de la taberna, atados a los hierros de la barandilla, había varios caballos ensillados. Vi algunos peatones, pero no los suficientes para que se justificase el ruido que parecía provenir de la plaza principal situada al final de la calle.

Comencé a caminar en aquella dirección y encontré un abigarrado conjunto de hombres compuesto por una veintena, más, acaso. Había algunos ganaderos y vaqueros, pero, en su mayor parte, los peatones parecían agricultores.

Un poco más adelante llegué ante un amplio y tosco edificio construido de tablas y que se destacaba por razón de la gran cantidad de hombres que salían por el ancho hueco de su puerta abierta y por la cantidad no menos grande que en él entraba o salía. Vi una muestra pintada sobre la puerta, en la que con letras imperfectas se leía: «Red Pierce».

Entré con pulso acelerado en lo que era el primer garito de juego que

visitaba en el Oeste. Todo lo que había supuesto resultaba diferente a lo que la tal casa de juego era en realidad, pero no me sentí decepcionado. El salón era enorme, tenía tres lámparas grandísimas colgadas en el centro y un largo mostrador a izquierda, ante el cual había un grupo numeroso de hombres que bebían, reían y hablaban.

A la derecha, frente al mostrador, se hallaba cierta cantidad de mesas, en torno a las cuales se sentaban unos jugadores; y otros permanecían en pie tras ellos. Oí el ruido de la rueda de la ruleta, el sonido musical de las monedas; mas si los jugadores hablaban, si entre ellos sonaban algunas voces, sus conversaciones o sus gritos eran ahogados por el clamor que promovían los bebedores.

En aquel momento comenzó a sonar una música muy animada. Miré hacia el fondo del salón, y vi que varios hombres se encontraban en pie ante un espacio en el que bailaban varias parejas. Vistas desde aquella distancia, las mujeres parecían atractivas. Todas tenían el rostro blanco, los labios escarlata y los brazos desnudos.

En torno a las mesas de juego había espectadores, y me uní a ellos para observar el desarrollo de la partida. Cuando me cansé de este espectáculo, me retiré y me aproximé al fondo del salón con el fin de ver a los bailadores. No se me ocurrió pensar hasta que una de las muchachas me miró fijamente, como si pretendiera pasarme revista, de pies a cabeza, que seguramente mi presencia llamaba la atención, que mi aspecto me distinguía del de los restantes miembros de la multitud. Me resultó enojoso; mas recordando el consejo de Hawkins, decidí quedarme donde y como me hallaba. Lamenté tal decisión tan pronto como el baile concluyó y una de las muchachas se acercó a mí. No recuerdo que en toda mi vida se me haya mirado tanto como en aquellos momentos.

-¿No quieres bailar? - me preguntó la joven en tanto que me dirigía una sonrisa. Tenía una voz dulce y agradable, y no me pareció, de ningún modo, una muchacha como las que suelen hallarse en los salones de baile.

-Sí - respondí-. Me agradaría bailar, pero soy forastero, acabo de llegar y creo que...

Y como viera que dudase, la joven me asió de un brazo y me interrumpió:

-Eres forastero, no hay duda, pero eso no importa. Todos los días llegan aquí forasteros. Vamos a bailar. Espero que muy pronto conseguiré que te encuentres como entre tus propios amigos de siempre.

Estaba a punto de rendirme a su sugerencia, y no sin agradables sensaciones, cuando la joven me fue arrebatada rudamente por un hombre alto y cetrino, un camorrista de aspecto y que, evidentemente, se hallaba bajo la influencia de las bebidas.

-Ven conmigo, Ruby - dijo con voz espesa-. ¿Qué diablos te propones al acercarte a ese novato? Me habías prometido este baile.

Y tiró de ella y la alejó de mí, aun cuando no pudo impedir, a pesar del apresuramiento con que lo hizo, que yo me diese cuenta del disgusto de la joven. Ruby me lanzó una sonrisa amistosa que fue, por no decir más, muy prometedora para mí. No me impresionó mayormente la interrupción, puesto que no me habría agradado bailar, pero la ordinaria referencia a mi calidad de novato, me irritó sobremanera, por lo que pensé que lo mejor que podría hacer sería alejarme de aquel establecimiento. Y ya estaba a punto de salir a la calle cuando algo me detuvo; y me dije: « ¡No! ¡No quiero marcharme! Si

así es la vida del Oeste, debo intentar familiarizarme con ella lo antes posible! »

Y me dediqué a observar a los jugadores durante varios minutos. Se me acercaron diversos, ninguno de los cuales tenía aspecto de trabajador, que me miraron con ojos escrutadores, como si pudieran atravesar con la mirada el tejido de mi ropa y ver el interior de mis bolsillos. Me invitaron a que participase en este juego o en aquél, pero decliné los ofrecimientos.

Cambié de posición y me situé tras uno de los jugadores que se hallaban sentados en torno a la mesa de la ruleta. Durante algunos momentos nadie me molestó. Luego observé a los jugadores de póquer, sobre la mesa de los cuales había muchas monedas de oro con el águila doble y fajos de billetes. Era una partida importante. Y los tres hombres que acompañaban a los dos que vestían unas ropas negras, no tenían tipo de labradores.

Luego mi atención fue atraída, lo mismo que la de todas las personas que ocupaban el local, por el estruendo de una riña que se desarrollaba en el exterior. Sonaron voces fuertes, el ruido de rudas botas y un disparo, tras lo cual renació el silencio. Los jugadores reanudaron sus juegos y unos cuantos hombres se separaron del mostrador para mirar desde la puerta y ver lo que podría haber ocasionado el barullo. Me uní a ellos, mas no pude descubrir signo alguno de lo que seguramente había sido una pelea.

Resultaba evidente que barullos como aquél eran corrientes en Gothenburg. Y tan corriente como aquel hecho era la circunstancia de que todos los hombres llevasen armas. Pregunté a un espectador si había agentes de la ley en la ciudad, y el preguntado me respondió con una carcajada. Esto no resultaba muy satisfactorio. Entonces me pregunté si no habría sido prudente seguir el consejo del cochero, Hawkins, que me comprase un revólver.

En aquel instante, cuando comenzaba a alejarme de las mesas de juego, se me acercaron tres hombres, uno de los cuales era el camorrista que me había arrebatado la muchacha de entre los brazos, quien dijo al hombre que se hallaba en el centro algo acerca de que yo era el «socio», o algo por el estilo. Este hombre central del trío, era bajo y tenía una frente estrecha y unos ojos prominentes.

-¿Eres forastero, eh? - me preguntó-. ¿A qué diablos has venido aquí?

-Eso es cosa mía - contesté secamente.

-Oye, forastero, no es conveniente para los forasteros, especialmente para los novatos, contestar descortésmente en estas tierras.

-No he querido ser descortés. He contestado en el mismo tono en que se me preguntó.

-Bueno; hueles a yanqui por todas partes, compañero. Y si no fuera por el olor, podríamos saber que eres yanqui por tu manera de hablar.

Soy yanqui, ciertamente - repliqué comenzando a ponerme nervioso.

-Bien, ¿y si nos convidases a unas copas...? - sugirió con insolencia.

-No haré nada parecido. Y si quisiera convidar a alguien escogería las personas que hubieran de acompañarme a beber.

-¡Oye, oye, novato! - exclamó el camorrista de rostro cetrino-. Eso es un insulto. Y me parece demasiado después de haberte propasado con mi novia.

-¡Usted está loco... o borracho! -repliqué acaloradamente-. No me he propasado con ninguna mujer.

Y entonces, sin más ni más, mi antagonista me abofeteó; y no puedo

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

